



Escapada cultural
Teatre
Carpes
Exposicions d'art
Pianos de cua
Trobada literària
Concerts del cor
Concurs fotogràfic
Certamen literari
Concurs de pintura
Cafès tertúlia

abril cultural

2025





La sombra de papel

Marta Boncompte Sánchez
Guanyadora Campus Barcelona

En la biblioteca de mi barrio hay un rincón donde la luz de la tarde cae en ángulo perfecto sobre una mesa. Siempre me ha parecido un buen lugar para leer, aunque rara vez lo encuentro vacío. Desde hace meses, ese asiento ha pertenecido a una mujer mayor que se sienta ahí cada día con el mismo libro entre las manos. No pasa página. Solo lo sujeta, como si su vida dependiera de ello.

La primera vez que la vi, pensé que estaba dormida. La segunda, noté que sus ojos recorrían las líneas sin seguir un orden lógico. La tercera, me atreví a sentarme cerca. Desde entonces, la observo sin que ella lo sepa. Me intriga, pero también me duele. Parece estar atrapada en algo más que un libro.

Hoy, el destino hace que coincidamos en el estante de literatura rusa. Ella toma un ejemplar de Crimen y castigo, lo acaricia con una nostalgia palpable, pero no lo abre. Se queda quieta, con la mirada perdida en el lomo. Y entonces me habla, sin mirarme:

—Hace mucho que no leo de verdad.

Su voz es apenas un susurro. Me giro hacia ella, sin saber qué decir. Ella levanta el libro con una sonrisa melancólica.

—Este era de mi marido. Subrayaba sus partes favoritas y me las leía en voz alta.



Asiento, sintiendo que cualquier respuesta sería insuficiente. Ella suspira y devuelve el libro al estante.

—Pero ahora las letras se han vuelto sombras. Solo las veo, pero no las entiendo.

Y con esa confesión, se aleja lentamente, dejando tras de sí el eco de una ausencia que no necesita explicación.

Al día siguiente, cuando entro a la biblioteca, ella ya está en su rincón. El mismo libro, la misma postura. Me armo de valor y, en lugar de sentarme lejos, me acerco y ocupo el asiento de enfrente. Ella levanta la vista un momento y me dedica una leve sonrisa, de esas que se dan por cortesía más que por verdadera emoción. No sé si reconocerá que soy la misma persona del día anterior.

—¿Puedo preguntarle algo? —me atrevo a decir.

Ella asiente sin dejar de sujetar el libro.

—¿Por qué sigue viniendo aquí, si no puede leer?

Su expresión se suaviza, pero también se vuelve más lejana. Como si la pregunta la hubiese transportado a otro sitio, a otro tiempo.

—Porque aquí sigo siendo quien era —responde—. Y él también.

Entiendo de inmediato lo que quiere decir. Este no es solo un libro para ella, ni siquiera es solo un recuerdo. Es un lazo con alguien que ya no está. Un puente entre el presente y un pasado donde la felicidad tenía forma de voz recitando



fragmentos subrayados. Y, de pronto, siento que ella no está tan perdida en las sombras como cree.

Ese día no hablamos más, pero cuando me levanto para irme, dejo mi ejemplar de Los hermanos Karamázov sobre la mesa. No le digo nada. No le pido que lo lea. Solo lo dejo ahí, como un gesto, como un intento de compartir algo con quien ha convertido la literatura en un refugio sin palabras.

A la semana siguiente, cuando regreso, el libro sigue ahí. No parece haber sido abierto. Pero hay algo nuevo sobre la mesa: un pequeño papel doblado. Lo tomo con cautela y lo abro.

"Gracias. Él también leía a Dostoievski. A veces me hablaba de Iván y de Aliósha, de sus diferencias y sus coincidencias. Me gusta pensar que ellos también se buscaban en medio de las sombras."

Me quedo un rato con la nota en las manos, sintiendo que acabo de tocar una historia que no me pertenece, pero que de alguna manera me ha dejado entrar. Esa tarde no leo. Solo me quedo en mi asiento, mirando la luz de la ventana y preguntándome cuántas historias invisibles existen en cada rincón de la biblioteca.

Pasarán semanas antes de que vuelva a hablar con ella. Pero cuando lo haga, será para escuchar la historia que realmente quiere contarme. Una historia que no está en ningún libro, pero que, como todas, merece ser leída.



Nanas y pesadillas

María Ramírez Martín
Guanyadora Campus Sant Cugat

- *Duérmete niño... duérmete ya... que viene El Coco y... te comerá...*
- Papá, ¿quién es El Coco?
- El Coco es un hombre malo, muy malo, que quiere hacerte “pupa”.
- ¿Y por qué quiere hacerme pupa? Si yo soy un niño bueno.
- Porque hay personas que son malas, Juanito, así es su naturaleza.

Vivían en una casa pequeña a las afueras de la ciudad.

Sonia, su madre, trabajaba de sol a sol, aunque tal vez sea más coherente decir “de luna a luna”. Su puesto como enfermera en el hospital la obligaba a quedarse en los turnos de noche y, sus dificultades económicas, a hacer todas las horas extra que su cuerpo pudiera soportar. Una madre algo ausente, pero en absoluto carente de amor por su familia. Todo lo contrario, ese sacrificio que ella hacía no guardaba otra finalidad que no fuera dar a sus hijos todo lo que pudieran necesitar.

Su padre, en cambio, trabajaba desde casa haciendo de mediador entre diversos proveedores de alimentos y tiendas locales. No ganaba mucho, pero le entusiasmaba su trabajo y, lo que para él era lo más importante, le permitía tener un horario flexible y cuidar de sus hijos.

Juan tenía seis años, tan solo dos menos que su hermano, Luis. Esa cercanía de edad facilitaba mucho la relación entre ambos, no solo eran hermanos, eran amigos.

Juan era, de los dos, el más tranquilo. Era quien serenaba a su hermano cuando algo le sacaba de sus casillas. Y Luis, en contraposición, más inquieto y revoltoso. Se combinaban bien. Juan era el niño de papá y Luis el de mamá, cosa que, sin duda, ahorraba disputas familiares. A veces, Juan chinchaba a su hermano alardeándose de que papá solo le cantaba nanas a él, a lo que Luis respondía “yo ya soy mayor y no necesito ninguna nana porque El Coco no



existe”. Juan fingía indiferencia, pero en el fondo no entendía cómo su hermano podía ser tan iluso.

Tras las vacaciones de navidad del pasado año comenzaron a suceder cosas fuera de lo normal. Juan, que siempre había sido muy apacible, empezó a comportarse diferente. Ni siquiera su hermano, mejor amigo y confidente, comprendía qué le estaba pasando. A penas podía reconocerlo o vislumbrar en él algún resquicio del que había sido su hermano.

Se portaba mal en el colegio, no hacía los deberes, insultaba a sus compañeros... La profesora, preocupada, llamó a su madre y le pidió permiso para que a Juan le visitara la psicóloga de la escuela. Pensó que algo había tenido que cambiar para que se comportara de esa forma con su entorno, él siempre había sido un niño bueno.

Durante las primeras sesiones, Juan a penas cruza un par de palabras con Maribel, la psicóloga, cuyo objetivo era averiguar cómo se sentía y qué había podido ocurrir en los meses previos para que aquella conducta tan disruptiva e impropia se apoderara de él.

Un día, Juan llegó cabizbajo a la consulta. Muchas veces venía desganado porque no le gustaba la idea de que una extraña se inmiscuyera en su vida, pero el ojo clínico de Maribel pensó que aquella vez había, tras esa actitud, un motivo diferente.

En efecto, en medio de la sesión, Juan se quedó dormido. Maribel lo observó unos instantes y percibió el abatimiento que rodeaba su figura y la vulnerabilidad que desbordaba de aquel diminuto hombrecillo.

Con cautela, fue despertándole. Muy despacio para no asustarle.

— Juan, te has quedado dormido, ¿no has descansado esta noche?

El niño, que apenas había abierto los párpados del todo aún, confesó extenuado:

— No puedo, si me duermo viene El Coco.



Maribel lo mira algo extrañada y comienza a desarrollar la teoría de un posible trastorno del sueño, ciertamente común en los pacientes de esa edad. Piensa un momento y, a continuación, decide seguir indagando para corroborar su hipótesis diagnóstica.

— ¿Y quién es El Coco?

A lo que Juan, recordando las palabras de su padre, contesta:

— El Coco es un hombre malo, muy malo, que quiere hacerme “pupa”.

“Posible trastorno por pesadillas: sintomatología de insomnio y malestar emocional que se manifiesta, a su vez, como conducta desadaptativa”, anotó Maribel antes de observar el reloj y reparar en que ya eran las seis. Para confirmar su conjetura tendría que continuar investigando aquellos síntomas, pero por hoy ya habían hecho avances.

Justo antes de dar por finalizada la sesión de aquella tarde, observa que Juan saca un papel de la mochila.

— ¿Has hecho un dibujo?

— Sí.

— ¿Qué has dibujado?

— A mi familia.

— ¿Me dejas verlo?

Juan observa cómo Maribel analiza el trozo de papel con la delicadeza y atención de una cirujana. Lo que parecía una ilustración infantil como cualquier otra irradiaba algo extraño, casi incómodo.

— ¡Qué bonito! —Exageró ella. —Dime Juan, ¿quiénes son estos cuatro?

El pequeño alzó un dedo y, señalando sobre el dibujo, explicó:

— Mamá, Luis, yo y El Coco.



Ángeles sin alas

Maria Delgado Holgado

Hace mucho tiempo, yo ya conocí a mi ángel sin alas.

Nuestra conexión fue inmediata desde el primer contacto que tuvimos. Desde aquel entonces me abraza fuerte, y me avisa por adelantado de la piedra con la que voy a tropezar. Y aunque finalmente acabe tropezando, él nunca se marcha.

Sus besos te recargan el corazón y sus abrazos pueden curar cualquier herida. Por mucho que diga que no, siempre tiene la razón.

Sabe absolutamente todo de mí, incluso mi comida favorita.

Él me alimenta mi vida de valores como la amistad, el esfuerzo para conseguir las metas, el sufrimiento cuando hay piedras en el camino y saborear las alegrías más bien efímeras como la vida misma que son destellos de luz y eternos tiempos de tinieblas.

Y ese ángel sin alas, eres tu mamá.



Belleza oculta

Julia Prats de Arquer

Bip Bip Bip. Suena la alarma. Me despierto y apago el sonido infernal que me da la bienvenida al nuevo día. Batiéndome entre el sueño y la vida me visto y bajo a la cocina a desayunar, donde parece que nadie se siente como yo. Todos hablan y preguntan “¿Qué plan tienes hoy?” “¿Comes en casa?”. Me limito a asentir mientras siento como vuelvo al dulce sueño y el subconsciente me abre los brazos de par en par. Acabado el café subo a arreglarme donde, como cada mañana, el baño sigue ocupado. Llegaré tarde. Otra vez.

Salgo a la calle. Hace frío, vuelvo a por el abrigo, aunque sea feo abrigará, qué más da que tenga que tapar esta blusa tan bonita. Esta blusa de flores azules y verdes que tanto me recuerda a tiempos pasados, esos tiempos cuando podía salir luciendo mis blusas sin abrigo. Da igual, hace frío.

El paseo a la estación es monótono. Paso por delante de la cafetería de la esquina, mucha gente, nadie habla. El parque no tiene mejores vistas, está completamente bañado por la escarcha y la niebla lo hace ver lúgubre. Voy mirando al suelo. Hay hojas, montones de ellas. Subo la vista y me encuentro con un paisaje todavía peor. Los árboles están desnudos, desalmados. Diez minutos de trayecto hasta el trabajo y ni un triste color, solo una larga gama de grises.

Así pasan los días, siempre igual. Nada cambia. En un intento inútil y esperanzado sigo poniéndome blusas debajo de las cien capas de ropa fea pero abrigada. No entiendo por qué si sé que nadie las verá. Pero lo que sí sé es que mantengo la esperanza de salir un día a la calle y que el sol brille con todo su esplendor y el parque y sus árboles vuelvan a relucir con todos sus colores. Pero no pasa, ni espero que pase pronto porque ya he perdido la noción del tiempo. Parece que han pasado años desde la última vez que vi un



amanecer de camino al trabajo, que vi luz y actividad en la cafetería. Ya ni siquiera lo recuerdo.

Pero el día llega, y no me lo esperaba. Me despierto como cada mañana, me visto y bajo a por el café. No sé porqué hoy quiero ponerme un jersey más colorido. Me pongo el abrigo feo y salgo a la calle. Hace calor. Me quito el abrigo. La cafetería está tan concurrida como siempre, pero algo ha cambiado, la gente está hablando, incluso veo alguna sonrisa. A la altura del parque me siento rara, no oigo las hojas crujir bajo mis pies. Miro al suelo y me encuentro con un espectáculo; no hay hojas, pero se dejan ver algunas flores y algunos capullos más tímidos. La blanca escarcha ya no es protagonista del paisaje. La hierba vuelve a brotar y los árboles, ¡ah! Los árboles vuelven a tener aire de majestad con sus verdes hojas y sus blancas flores. Por último, miro al horizonte, y lo veo, ¡Lo veo! El amanecer se presenta ante mí. Con la paleta de colores más diversa que puede existir. Cada segundo cambia y el sol sigue subiendo, puedo incluso notar su calor sobre mi piel. Me atrevo a sonreír. Sonríó ante esta maravilla llamada creación. Me doy cuenta de que la belleza siempre ha estado ahí, ante mis ojos, solamente estaba oculta, esperando a ser descubierta.

Estoy decepcionada conmigo misma; ¿por qué no me había parado a observar el paisaje de fondo? Ahora me doy cuenta de su gran belleza, pero, ¿Por qué no me había fijado antes? Tan obcecada estaba en mi propia melancolía que no vi la belleza del paisaje invernal. Ahora ya no está, ya no puedo apreciarlo, pero no lo volveré a permitir con este. Este lo disfrutaré cada día, cada mañana de esta preciosa primavera.

Me quito el jersey y dejo que la brisa matinal me ondee la blusa. El frescor me eriza la piel pero me da igual. Me da por reír y, con la sonrisa todavía en la

Certamen literari

Antologia



cara, continúo mi camino al trabajo pensando en las ganas que tengo de repetir mañana el camino y en la suerte que tengo de poder disfrutarlo.



Camelia

Laia Malo Castro

Todo comenzó así sin más, un día cualquiera. Nunca sabes cuándo va a ser el inicio de una historia, tampoco cuándo va a ser el final. La vida es tan efímera que cuando te das cuenta ya no hay inicios, ya no hay finales, ya no hay nada. Tan solo recuerdos de lo que un día llegó a suceder.

En cuanto abro la puerta, una corriente de aire me envuelve. Mi pelo se alborota y me embriaga el suave aroma de las flores. Cierro los ojos. Las lágrimas caen formando un sinuoso camino por mis mejillas. Me concentro en respirar para tratar de relajarme. Cuando vuelvo a abrir los ojos, fijo mi mirada en las flores que me rodean. Sus vistosos colores y extravagantes formas rompen con la monotonía de este lugar. Alargo lentamente la mano y acaricio con ternura una flor. Sus sedosos y rosados pétalos acarician mi piel. Me tranquiliza ver que todavía queda algo hermoso, que aún hay vida a mi alrededor.

- Camelia, te he estado buscando – me sobresalta oír una voz a mi lado.
- Aquí estoy – me limito a decir.

No me doy la vuelta, no me muevo, tan solo me concentro en el tacto de la flor.

- Te está esperando – la enfermera posa su mano en mi brazo. Estoy tentada a apartarme, a decirle que no me toque. No me muevo. – Vamos Camelia, él quiere verte.

Ignoro el profundo dolor que se instala en mi pecho, no hago caso de las lágrimas que vuelven a emanar de mis ojos. Asiento y me doy la vuelta. Empiezo a andar sin apenas ser consciente de lo que hago. Mis pies se arrastran por el suelo, no tengo fuerzas ni para levantarlos. Paro. Espero fuera de la habitación, dudando sobre si entrar. Sé lo que pasará si lo hago. También sé qué sucederá si me quedo fuera. Trago mi sufrimiento y me asomo por la puerta. Mis ojos enseguida atrapan los suyos. En ellos ya no hay vida, tampoco



luz. Mi corazón se hace pequeño en mi pecho. Contemplo como, pese a que no tiene fuerzas, me sonríe. Solo a mí. Yo también me obligo a tirar de mis labios. Agarro su blanquecina mano y compruebo que está fría.

- ¿Cómo te encuentras? – digo en un hilo de voz.
- Camelia... Ambos sabemos que no has venido a hablar sobre cómo me encuentro.

Tiene razón.

- Tú... Tú me prometiste que nunca me dejarías.
- Sabes que no quiero hacerlo. – suspira - Camelia, van a operarme, puede que todo vaya bien, puede que después de todo, al fin pueda curarme, puede...

Poso delicadamente mi dedo índice en sus labios haciéndolo callar. No quiero que siga hablando, y menos creándome falsas esperanzas. Ambos sabemos que las probabilidades de que consiga sobrevivir son muy escasas. Apoyo mi cabeza en su pecho y escucho la melodía de sus latidos. No sé cuánto tiempo pasamos así. Puede que sean minutos, puede que horas. Me incorporo con lentitud y noto su mirada fija en mí.

- Nos volveremos a ver – dice aun sabiendo que no es verdad.

Asiento, con los ojos anegados de lágrimas. Poso suavemente mis labios sobre los suyos y me doy la vuelta. No puedo estar ni un segundo más en esta habitación. Cuando salgo al pasillo, empiezo a correr. No freno hasta llegar a la salida. En cuanto abro la puerta, una corriente de aire me envuelve. Mi pelo se alborota y me embriaga el suave aroma de las flores. Cierro los ojos. Las lágrimas caen formando un sinuoso camino por mis mejillas. Me concentro en respirar para tratar de relajarme. Cuando vuelvo a abrir los ojos, fijo mi mirada en las flores que me rodean. Sus vistosos colores y extravagantes formas rompen con la monotonía de este lugar. Alargo lentamente la mano y acaricio con ternura una flor. Sus sedosos y rosados pétalos acarician mi piel. Me

Certamen literari

Antologia



tranquiliza ver que todavía queda algo hermoso, que aún hay vida a mi alrededor.



Cendra

Mireia Cortés Aguilar

Sento l'abrasada fresca de l'herba envoltant tot el meu cos. La brisa, gairebé calenta, de les nits de juliol acaricia la silueta del meu rostre i els grills continuen amb el seu càntic incansable que cobreix totes les pàgines del meu estiu. La llum de les estrelles, em permet veure els dits de les meves mans, que moc suaument per l'herba. Les estrelles brillen al cel incessablement, cada nit. Pot ser que avui tu no les miris, però elles seguiran allà, brillant. Voles de foc cremant-se cada nit, les estrelles. Consumint-se a poc a poc. L'estrella es fa cendra i després, les flames de la cendra mateixa, permeten que l'estrella continuï brillant. I en un temps, potser ja no quedarà estrella, només el foc que l'ha cremada i el seu desig de brillar.

Però, ¿per a qui brillen les estrelles? A milions de kilòmetres de tot i tothom, abandonades en mig de l'univers infinit. Tenen una única missió, les estrelles: brillar. I nosaltres, ni tan sols rebem les flames de l'incendi al seu interior, sinó una tènue llum, que només apreciem de tant en tant.

Jo crec que realment no brillen per ningú, les estrelles, simplement són incapaces de deixar de brillar. Està inscrit a la seva naturalesa. "Ets brillant" deien els mestres, i ja mai més has sigut capaç d'apagar el foc. L'estrella es crema, es consumeix i es fa petita, i un dia, ja no queda res més a cremar; i jo em pregunto: ¿pots seguir sent una estrella si has perdut l'habilitat de brillar?



Inhalo i exhalo

Mariona Sindreu Ginesta

- T'he trobat a faltar, àvia.- xiuxiuejo al cau de la seva orella.

Sento com ella m'envolta, abraçant-me amb força. Tanco els ulls, respiro. Inhalo i exhalo. Em permeto observar-la, la veig sana. No hi ha rastre de cap tipus de malaltia en ella. Em somriu, m'acaronar la galta i sento una breu pressió dels seus llavis a la meua front. Seiem a la vora del mar, em trenco i les llàgrimes roden cap avall. L'havia trobat molt a faltar. Li explico com m'he sentit en la seva absència, ella em sosté, m'abraça i em consola.

- Sempre estaré al teu costat.- xiuxiueja ella ara.

Escolto unes passes apropar-se per la sorra, al girar, veig la mare. Em mira preocupada.

- Filla, amb qui parles?- afronto la seva pregunta. Inhalo i exhalo. Torno a girar-me, miro al meu costat, on estava l'àvia. Ja no hi és.



Lo inútil como símil de libertad

Marta Pursals Sarri

Iñigo Pirfano, director de orquesta, comenta en su conferencia “Besos de música para el mundo” la inutilidad de elementos como la música, el amor, el arte o la poesía. Sin embargo, añade que dicha inutilidad va acompañada de un carácter imprescindible para el ser humano. A raíz de esta afirmación me planteé, ¿acaso nos resulta imprescindible por su misma condición de inutilidad? ¿Qué es lo que hace esta inutilidad tan atractiva?

El simple hecho de ser un arte sin ningún tipo de utilidad en nuestro día a día dentro de la sociedad materialista y polarizada en la que vivimos, ya nos da una cierta sensación de paz. Una sensación de pausa en medio de la velocidad contemporánea, un momento de calma absorbente de todo tipo de ruido y bullicio social. ¿Por qué la gente sigue asistiendo a teatros para ver obras clásicas si la temática clásica está en plena decadencia? Precisamente por el simple hecho de aislarse y sumergirse en un mundo musical, poético y bucólico que apela a nuestras emociones e intelecto.

La no presión que siente el hombre ante tal fenómeno le genera un cierto tipo de capacidad de libre albedrío respecto a su opinión, selección o reflexión de ello. Una autodeterminación que rara vez se ve en otro ámbito de la vida cotidiana. La música, el arte y la escritura son para el ser humano salvavidas, pequeñas chispas de luz a su alcance y a las que se agarra sin dudar. Es este sentimiento de voluntad lo que yo llamo libertad. Aquello que no está sujeto a una función práctica inmediata ni limitado por restricciones de factores externos, sino que su propio fin es su propia acción y, por tanto, genera un sentimiento de satisfacción en y por sí misma. Un poema no tiene por qué resolver un problema y una melodía no tiene que servir para nada más que para ser escuchada. Y en esa falta de propósito instrumental, los artistas encuentran su mayor libertad: la de crear sin condiciones, sin justificarse y experimentar sin finalidad, sin un objetivo externo que limite. En esa falta de



propósito práctico, encontramos un lugar donde el pensamiento y la creatividad pueden fluir sin restricciones. Por consiguiente, lo inútil es símil de libertad porque se convierte en un espacio de exploración pura, donde la creación no responde a una necesidad externa, sino a un impulso interno. Por tanto, lo inútil no es una carencia, sino una posibilidad: la posibilidad de elegir sin presión, de crear sin normas impuestas, de existir sin la obligación de ser útil.

En este ímpetu interior, propio, individual y personal es donde crece realmente el alma humana. Donde se libera realmente la genialidad creadora y receptora, sin ataduras, con nada más que aquello que ha escogido el individuo por voluntad propia. Un estado en el que, por llegar a ser tan elevado, se vacila entre el vacío y la plenitud, entre el saber y no saber. Una búsqueda, una llamada constante. Pero ¿hacia qué?

La liberación de la más profunda parte del alma genera el constante deseo, ese querer tan concreto que penetra en el ser, esa necesidad, esa voluntad, esa motivación que despierta en nosotros, nos absorbe, nos aleja, nos centra, nos descuida, nos cultiva, nos confunde, pero nos dirige. La toxicidad nos alberga, nuestra persona se deconstruye y se reúne. Es la búsqueda de la excelencia aquello que nos hace latir, que nos hace vibrar, que nos hace soñar, que nos hace odiar y nos hace querer.

Este conjunto de emociones dada por el escape de su reclusión en la cotidianidad es lo que para mí significa el concepto de experiencia estética. Una voz concreta llamada excelencia que nos reclama derivada del culmen emotivo e intelectual provocado por la catártica y sensible inutilidad artística. Personalmente, me asusta, me encanta, me rechaza, me enamora, me da placer, me da dolor: un conjunto morboso que acelera la circulación sanguínea. Cuando parece que llego a ella, escapa, desaparece, se funde en otros elementos. ¿Se encuentra en el arte? ¿O quizás en la divinidad? ¿Tal vez en la música o en las palabras? ¡Podría estar incluso en los números! ¡Qué barbaridad!



Sin embargo, ese no llegar nunca es lo que hace hervir mi mente, encender mi pasión. ¿Puede llevarme a la locura? A veces siento que así es. Me aleja de todo mi alrededor y me reduce al interior de mi ser.

En esta búsqueda, en este bucle de estar en potencia, de “llegar a ser” algo que no sé ni lo que es, pues no lo he llegado a conocer, el lenguaje, la literatura, las artes humanistas me aproximan a una cierta contemplación de ello. Siento que la toco, pero aparece algo nuevo que nubla mi conocimiento y lo atrasa para volver a adelantarlo. Es magia, un truco que nunca me cansa pero que a su vez me agota y por ello mismo me excita.

Del no entender al entender, del entender al no entender hay entre medio un vacío y una plenitud momentánea que pasa, que trasciende a lo inteligible, a lo sensible. Un relámpago de ideas acentúa mi sistema nervioso hasta elevarme al más alto nivel de vitalidad, de creencia, de fe. Algo que una vez conoces, no puedes vivir sin ello y te genera querer más y más, comunicar el alma con aquello que desconoces para poseerlo. ¡Qué terrible pecado del hombre, aquel de destapar el misterio de lo incognoscible! Y, a su vez, divina gracia que genera dicha humana necesidad de dudar.

¡Qué desesperación! ¡Qué gozo! ¡Qué horror! Ese no saber, ¡qué pecado y qué placer! De nada todo ello es útil, pero en esta misma inutilidad se encuentra su utilidad. Una paradoja de la profunda esencia humana que nos consigue transformar, conectar, elevar y dirigirnos hacia la libertad, que en ella misma se oculta la mejor versión del ser humano: su propia excelencia como puente hacia la felicidad, irónicamente fundamentada en las pequeñas y grandes cosas inútiles de la vida.



Perpendicular

Natalia Murillo Nicolás

Con una mano en el corazón y la otra en la puerta.

Si lo soñaba, se cumplía. Y lo había soñado demasiadas veces. Evitaba las casualidades predecibles; esquivaba los segundos de retraso que permitirían coincidir. Tomaba el trayecto alterno cuando en mi mente te oía merodear por el de siempre. Aguardaba unos segundos tras la esquina cuando oía tus pasos para deshacerme de cualquier choque fortuito. Cambiaba las señales, para así separar nuestros caminos y convertirlos en líneas paralelas.

Me convencía de un “no” hecho de papel de fumar, porque el “sí” me obligaba a decidir. Mezclaba la baraja y siempre sacaba tu carta, la primera. Escondí esa carta bajo llave. Llovía y me rehusaba a contar las gotas derramadas en la ventana, solían ser 24, el día de tu cumpleaños. Y así, dejé de coger el tren a las 10:37, para subirme al de las 10:42. Dejé de frecuentar la cafetería esquinera, ahora tomo té en la boutique del número 22. Ya no pido girasoles por encargo, ahora recojo tulipanes blancos en el Jardín de los Cerezos.

Sé que soy la responsable. Sé que he engañado al destino. Pero así aseguro un futuro llano, sin sorpresas ni contratiempos. Ayer desperté y me decanté por un vestido marrón chocolate y unos tacones burdeos. Cogí el tren de las 10:42 y me dirigí al hospital, no sin antes tomar un té de camomila y esencia de lavanda, y recoger unos tulipanes blancos para el jarrón de la consulta. Relucían entre la hierba verde, lloraban un rocío iluminado por el Sol. Entre tantos, uno cayó al suelo. Perdió un par de pétalos, nada que los pacientes fueran a notar. Al agacharme para recogerlo, una mano se adelantó. Una mano familiar, de piel tostada, bordada con grietas de oro. Aparté el mechón de cabello que me impedía ver a medida que me erguía. Levanté la mirada. Ahí estabas. No pude evitarlo. Las líneas paralelas se convirtieron en perpendiculares y entendí que, por mucho que me esforzase, un “sí” escrito en

Certamen literari

Antologia



las estrellas que más brillan es mucho más poderoso que un “no” lleno de miedo, de miedo a sentir.



Prisas con detalles

Carla Juan Pujol

Las luces navideñas que cuelgan de árbol a árbol por Gran Vía, el aroma a churros y chocolate, el pitido de los coches en mitad de un atasco, las bolsas de papel-cartón repletas de ropa y otros regalos que cuelgan de los brazos de la multitud...

Caminaba con mi madre por la bulliciosa avenida de Madrid, ultimando las compras de Navidad. Teníamos que cruzar al otro lado de la calle, así que nos acercamos a un paso de cebra. Estaba en rojo, pero como el tráfico estaba quieto y apelmazado, ella avanzó entre los automóviles. Yo, al contrario, me quedé parada, a la espera de que el semáforo se pusiera en verde. Entonces crucé.

Mi madre me miró con gesto extrañado, algo habitual, que me sucede siempre que salgo en compañía y, ante un semáforo en rojo, permanezco esperando. ¿Acaso hemos vuelto el mundo del revés y es un delito cumplir las normas del peatón? Pues aunque lo sea, me siento rebelde cuando voy contracorriente a lo que hacen los demás, aunque note los empujones de la gente. Me quedo firme, con los pies clavados en el cemento.

A veces siento que se ha agotado la paciencia, porque vivimos en un mundo donde “esperar” no entra en nuestros conceptos ni en nuestros relojes. No queremos perder ni un segundo sin hacer nada. Aunque se trate de muy poco tiempo, lo consideramos esencial para hacer cosas. ¿Qué cosas?... Ni siquiera lo sabemos.

La prisa nos impide ver más allá y, por lo tanto, ver nuestros sueños, esa luz única que nos hace brillar y ser faros en medio de la oscuridad. Además, ¿de qué sirve correr si somos torpes y caemos como niños pequeños aprendiendo

Certamen literari

Antologia



a caminar? No quiero que el mundo pare, sino que las personas se detengan y aprendan a mirarse y se fijen en los pequeños detalles, los que pasan desapercibidos pero esenciales, los que nos ayudan a alcanzar nuestros sueños y a apreciar todo lo que poseemos.



Despedida

Natalia Murillo Nicolás

A la vez que, con destreza,
llora la sangre que derrama,
posa en su mejilla cereza,
el ruego de la veterana dama.

Es por ti que lloró el ojo,
que tras la cerradura,
colmado de pena y enojo
rezumaba negra amargura.

Ahora suplica y reverdece,
sus hojas al son que mece
un alma que padece,
mas no lastima, ni pertenece.



Flors de memòria

Maria Delgado Holgado

Camèlies farcides per la blancor de la infantesa
recullen núvols de l'avi en el seu jardí de flors.
Dotze margarides guardades en un calaix de riquesa
recorden un món de fades llunyà a les blavors.

Clavells marginats per un camí de tulipes roses
empresonen les meves lletres en un futur d'aliança,
mostren la frustració de les paraules geloses
fruit d'una nova vida per un sentiment de recança.

Llessamí esdevingut per la pols de la guerra
troba l'harmonia dins d'una rosa marcida
on dàlies acolorides mostren el sentit de la terra
en les ungles d'una Europa de caràcter genocida.

Flors de les neus en la fredor de Ginebra
ressalten la immensa foscor dels lliris blancs.
Retornant l'exiliada a la seva realitat negra,
recupera la felicitat envoltada de barrancs.

Crisantems sentits com l'arribada del proper comiat
marquen definitivament punt final al camí de la llarga vida
deixant de banda allò que en un moment va ser iniciat
on l'últim pètal d'un roser sense roses fa la seva partida



La pérdida

Marta Pursals Sarri

Oh el día que sentí la Pérdida.

De la vida en risa,
de la calidez en brisa,
al llegar horror, mi vida.

Qué es nada, si no estás,
en rosa blanca perdurarás.
Tras la máscara de identidad
que ocupa mi firme lealtad.

El mayor sinsentido
de nostalgia y laberinto.
Dando vueltas sin cesar
sin conocer el no estar.

Camarero ¿a dónde has ido?

Mi señor ha perdido
la Campesina al palmar
que tanto le llega a amar.

¡Jaque Mate!
¡Constante disparate!
La palabra en mirada
y complicidad concienciada.

Dolor, a falta de hermandad.
Los gemelos en soledad.
Con paciencia quedo
la llamada que tanto espero.



The Cello Suites Prelude

Alejandra Bach Serra

instante indefinido
de la mañana temprana

génesis

nuevamente
el mar
reconoce la orilla
la sombra,
la forma del tiempo
los árboles
aprenden el lenguaje del viento
yo el del verso

y nuevamente
aprendo a quererte,
a ti,
a quien aún no conozco



The Counter

Xavier Zanna Shelton Morris

The counter
looks on, undeterred by death or destruction
that riddles the universes around them
for they know that
they must continue
to watch the proverbial time, tick away
centuries have gone by this way
the same processes
the rise and fall of civilizations
disease, famine and extinction are nothing
to a being above the touch of time
for as the creator has deemed it,
so that the hands of time may not faze me

“I will sit here, endlessly, watching over their creation
I will sit here as they live and painfully long after they die

I will do nothing
for I will not be bothered
I am merely the counter

and only one of two beings devoid of time

I will watch you live and I will watch you die, I have watched you from the very
moment the atoms flowed to create your solar system, and mammals gained
free will, I will watch you when generations turn to dust and I will watch when
your sun implodes”

“I am the counter, the watcher yet the decider of none”



ANTOLOGIA

Frases del Certamen Literari

RELATS

➤ **La sombra de papel**

«Pero ahora las letras se han vuelto sombras. Solo las veo, pero no las entiendo»

➤ **Nanas y pesadillas**

«Duérmete niño... duérmete ya... que viene El Coco y... te comerá...»

➤ **Ángel sin alas**

«Y ese ángel sin alas, eres tu mamá»

➤ **Belleza oculta**

«Me doy cuenta de que la belleza siempre ha estado ahí, ante mis ojos, solamente estaba oculta, esperando a ser descubierta»

➤ **Camelia**

«La vida es tan efímera que cuando te das cuenta ya no hay inicios, ya no hay finales, ya no hay nada. Tan solo recuerdos de lo que un día llegó a suceder»

➤ **Cendra**

«L'estrella es fa cendra i després, les flames de la cendra mateixa, permeten que l'estrella continuï brillant. I en un temps, potser ja no quedarà estrella, només el foc que l'ha cremada i el seu desig de brillar»

➤ **Inhalo y exhalo**

«T'he trobat a faltar, àvia.»



➤ **Lo inútil como símil de libertad**

«Un estado en el que, por llegar a ser tan elevado, se vacila entre el vacío y la plenitud, entre el saber y no saber. Una búsqueda, una llamada constante. Pero ¿hacia qué?»

➤ **Perpendicular**

«Mezclaba la baraja y siempre sacaba tu carta, la primera»

➤ **Prisas con detalles**

«porque vivimos en un mundo donde “esperar” no entra en nuestros conceptos ni en nuestros relojes»



POEMES

➤ **Despedida**

«Ahora suplica y reverdece,
sus hojas al son que mece
un alma que padece,
mas no lastima, ni pertenece»

➤ **Flors de memòria**

«Llessamí esdevingut per la pols de la guerra
troba l'harmonia dins d'una rosa marcida»

➤ **La pèrdida**

«Con paciencia quedo
la llamada que tanto espero»

➤ **The Cello Suites Prelude**

«Los árboles
aprenden el lenguaje del viento»

➤ **The Counter**

«"I am the counter, the watcher yet the decider of none"»